

10. Desgracia del mundo á causa de los escándalos.—Es una verdadera excursión al infierno la que acabamos de verificar, pero la hacía indispensable la verdad; nadie sin eso creería que los fines del falso Humanismo son tan peligrosos; gentes aun bien intencionadas creen siempre que agraviamos al mundo cuando le negamos el derecho para hablar de humanidad; hasta los que no desconocen que en la nueva civilización se deslizan tendencias perniciosas, no pueden siempre eximirse de inquietud por considerarnos demasiado pesimistas y creer que nos excedemos cuando indicamos todas aquellas impurezas.

Que todo el que sea accesible á la verdad responda en lo sucesivo á ese escrúpulo. «Desdichado el mundo, esclamaba en otro tiempo desde el cielo una voz poderosa, porque Satanás ha descendido á vosotros». ⁽¹⁾ Pero aun más desdichado cuando se permita á Satanás ir á donde su presencia no sería necesaria, porque los hombres se convertirán ellos mismos en demonios para sus propios hermanos. ¡Desgraciado del mundo por los escándalos! ⁽²⁾

¡Desgraciados los pobres á quienes se escandaliza! ¡Quién podrá contar los millares de personas á quienes un ejemplo, una palabra, una imagen, un libro robó la paz del alma, la pureza del corazón, el paraíso en la tierra, é hizo de su vida un infierno! Muchas veces son más dignos de lástima que de vituperio, porque si el hombre, en su debilidad, sucumbe al atractivo que se le presenta del modo más grosero, ¿cómo hará frente á la tentación, si no cuenta con una fuerza sobrehumana, cuando se acerque en forma tan insinuante, con modos tan halagüeños?

¡Desgraciados los que apoyen el escándalo ó le aprueben! Casi vacilamos en decir cuán malo es eso, porque ¿no somos todos solidarios en la culpa? ¿No guardamos silencio por temor de que se nos considere como gentes sin educación, aunque el mal aumente todos los días? ¿No cerramos cobardemente los ojos? ¿No apoyamos nosotros mis-

(1) Apoc., XII, 12.

(2) Matth., XVIII, 7.

mos lo que nuestra conciencia reprueba? ¿No debemos aplicarnos la sentencia: El espectador es muchas veces peor que el bailarín?

¡Desgraciados los que consienten el escándalo! ¿Qué disculpa alegarán los padres, los maestros, los educadores, los organizadores, los directores, los protectores de empresas literarias, artísticas y científicas, de fiestas, de placeres, de representaciones, si, no obstante su deber y su experiencia, no alejan al enemigo tanto como les fuere posible? Platón hace decir á Sócrates que, á pesar de todo lo malo que había dicho de los poetas, aun no había dicho lo peor.

Pero lo más terrible es que tienen destreza para seducir aún á hombres maduros y hábiles; sólo muy pocos saben sustraerse á su influencia; ⁽¹⁾ por eso considera imposible permitir á la juventud el trato con los poetas, cuyas tiernas efusiones infaliblemente menoscaban en ellos el sentimiento de la religión y de la virtud. Es tan severo, que entre esos corruptores de las costumbres cita á poetas que nosotros leemos en nuestras escuelas cristianas: Homero y Hesiodo. Cree que las madres y los educadores, al abandonar ese cuidado, faltan más á sus deberes que si descuidaran el cuerpo y la vida del niño. ⁽²⁾ También Aristóteles dice que si hay algo que necesite ser preservado de malas palabras es la juventud, ⁽³⁾ á la que es indispensable el pudor. Los insultos, la fustigación pública y la expulsión de la patria no son suficiente castigo ⁽⁴⁾ para quien infrinja esos preceptos; tan considerable es su crimen. En efecto, solamente pueden hacer expiar ese crimen, según doctrina del más dulce Maestro, una piedra al cuello y una tumba en las profundidades del mar. ⁽⁵⁾

(1) Platón, *Rep.*, 10, 7, p. 605 c.

(2) Platón, *Rep.*, 2, 17, p. 377, b. y sig.; 3, 5, p. 391, d. y sig.

(3) Aristót., *Eth.*, 4, 9 (15), 3.

(4) Aristót., *Polít.*, 7, 15 (17), 7. Isócrates, *Busiris*, (11) 38 y sig. Platón, *Timæus*, 2, p. 19, d. y sig.; *Rep.*, 8, 17, p. 568, b. y sig., y singularmente en la primera parte del libro X.

(5) Matth., XVIII, 6.

¡Desgraciados sobre todo los que escandalicen! Dado lo que son los hombres, es inevitable que haya escándalos; pero desgraciado el hombre por quien viene el escándalo, dice la Sagrada Escritura. ⁽¹⁾

No pretendemos examinar aquí si es verdad lo que siempre se nos dice de que Satanás tan sólo es una sombría ilusión de los tiempos antiguos y que hoy no tiene poder en el mundo; pero, si es verdad, entonces ¡desgraciada época la nuestra! Pues llegará un día en que, no solamente serán nuestros jueces los paganos, sino que el mismo Satanás, cuya existencia hemos hecho innecesaria, será quien nos condene. Y, sin embargo, ¡cuán de desear sería que este siniestro poder invisible no existiese ya para nosotros! Quien de veras lo desee, evitará más fácilmente el ataque de los enemigos visibles, que la astucia de un poder inatacable. Por desgracia, no es cierto que ese peligro no exista ya para nosotros; tenemos que luchar contra un enemigo inaccesible á nuestros groseros sentidos, contra un enemigo que, extraño él mismo y hostil al bien, quiere por envidia hacernos igualmente enemigos del bien.

Tenemos siempre un consuelo, el de saber que no puede acercárenos mucho, á menos de emplear medios que obren sobre nuestros sentidos y nuestra imaginación. ⁽²⁾

Por eso es verdad que podemos siempre paralizar al diablo el tendón de Aquiles, si cerramos los ojos y los oídos á la belleza obtenida por la mentira, al arte y á la civilización hipócritas. Difícilmente se abrirá camino el mal hasta nuestro corazón, si nuestra inteligencia quita á los sentidos la ilusión de que puede revestirse de belleza. Lo que es malo, nunca se llamará bello; como la verdad y la bondad, la belleza sólo se encuentra en Dios. Únicamente lo que es verdadero, lo que es bello, lo que es moral, puede ser eternamente bello, verdaderamente humano.

(1) Matth., XVIII, 7.

(2) Sto. Tomas, 1, q. 111, a. 2-4.

APÉNDICE

¿ES EN REALIDAD ADORADO EL DIABLO?

1. Nadie niega la existencia del diablo.—Casi no es necesario probar la existencia de Satanás, porque nadie lo niega; verdad es que muchos se burlan de la creencia en un mal espíritu, pero con frecuencia son precisamente los mismos que más firmemente creen en él. Hablan de él demasiado para que demos valor á sus afirmaciones; deberían empezar por aprender á callar, y eso durante mucho tiempo, para que los creyésemos serios. Quien calla no se equivoca, dice el proverbio; pero el que habla, y especialmente si habla tanto como ellos, se hace traición á sí mismo.

Por otra parte, en esta cuestión, como en la de la existencia de Dios, las palabras y la conducta del que niega están en plena contradicción: en tanto que desempeña un papel estudiado, afirma solemnemente á la muchedumbre asombrada que no hay Dios; pero que de súbito le ataque dolor agudo en una muela cariada, y abriendo la boca más de lo que desearía, exclama involuntariamente en lamentable tono, llevando la mano á la mejilla: ¡Oh Dios mío!

Otro acaba de burlarse del pueblo estúpido que todavía cree en la existencia del diablo; aun no acabó de hablar, cuando sin querer, le pisan un callo, ó le anuncian que la renta amenaza bajar un veinticinco por ciento. Con el repentino susto no encuentra—y hablamos, no sólo de carreteros y matarifes, sino también de hombres instruidos, de un profesor de ética, por ejemplo—medio más apto para consolarse en aquellas circunstancias que el nombre del que hacía un segundo empezaba á negar. ¡En qué